

su muerte terminada la expedición, pues sus compañeros se volvieron á Sonora.

Durante las exploraciones de Pedro de Tobar, de García López de Cárdenas y de Melchor Díaz en dirección Noroeste y Occidental, permaneció Coronado en Cibola, donde se le presentaron un día algunos indios forasteros procedentes de un pueblo llamado Cicuye, situado setenta leguas más hacia el Este. Su guía era un jefe que, por usar bigote, cosa bastante rara entre los indios, fué llamado *Bigotes* por los españoles. Este cacique, que á causa de su valor era conocido á la redonda, había tenido noticias de la llegada de los españoles á Cibola, y se puso en camino con algunos de sus guerreros para conocer á aquellos raros extranjeros y conquistar su amistad.

Como regalos les llevaba pieles, armas y turquesas, recibiendo en pago las acostumbradas sargas de cuentas de vidrio y algunos cascabelillos de cobre.

*Bigotes* invitó á los españoles á visitarle en Cicuye, y Coronado no dudó en dar al capitán Fernando de Alvarado la orden de acompañar al cacique con 20 hombres para enterarse del estado de aquel país.

Al cabo de cinco días de marcha divisaron los españoles una ciudad india construída, como Cibola, á vertiginosa altura sobre la cima de una roca. La subida era sumamente dificultosa por irse estrechando á medida que se ascendía. Cerca de la cima terminaba en una escarpada pendiente, que tan sólo podía escalarse aprovechando las hendeduras abiertas en ella para apoyar los pies y las manos. Los indios llamaban á este nido Acuco, y era idéntico al actual Acoma. Si añadimos que sus habitantes habían amontonado gran cantidad de bloques de piedra, que sólo necesitaban empujar para aplastar á cualquier enemigo que se acercase; que la planicie era bastante grande para producir respetable cantidad de granos, y que sus numerosas cisternas estaban bien provistas de agua, podemos creer las afirmaciones de los españoles que aseguraban que este fuerte indio no podía ser tomado. Estos consiguieron que los habitantes de Acuco tomasen con ellos un acuerdo, el cual consistió en darles como tributo un presente de pan, pieles de ciervo curtidas, nueces, maíz y harina, con cuya dádiva compraban la retirada de los españoles. Desde allí encamináronse éstos más hacia el Este, llegando al cabo de tres días á la provincia de Tiguex (1). Esta poseía doce ciudades situadas á orillas de un gran río al que dieron los españoles el nombre de río de Tiguex, y que lleva hoy el de río Grande del Norte y en su parte baja el de río Bravo del Norte.

(1) El general americano J. J. Simpson, autor de la obra *Coronados March in search of the seven cities of Cibola, Report of Smithsonian Inst. for 1869*, cree deber co-

Los habitantes de Tiguex apresuráronse á recibir á los españoles, que iban en compañía del temible cacique *Bigotes*, con las mayores muestras de amistad, pues la fama del invencible valor de los forasteros había llegado hasta allí, contándose que montaban sobre seres salvajes que se comían á la gente.

Admiróse tanto Alvarado de la fertilidad de esta provincia, que decidió enviar un mensajero á Coronado para proponerle que invernara en aquel sitio.

Después de un corto descanso prosiguieron su marcha en compañía de *Bigotes* á la residencia de éste, situada cinco días más de marcha al Este. En Cicuye fueron recibidos el jefe y sus acompañantes con toda la salvaje pompa que pueda desplegar una nación semibárbara. Esta ciudad, cuyas ruinas son tenidas por algunos exploradores mexicanos como idénticas á las de Pecos (1), estaba muy bien fortificada y rodeada de un muro de piedra. Las casas se elevaban en cuatro terrazas y cercaban un gran patio cuadrado, construído en medio del lugar, en el que se celebraban las fiestas y reuniones públicas; la ciudad estaba tan poblada que podía disponer de quinientos guerreros.

En Cicuye hallaron los españoles un esclavo indio, indígena de La Florida, el cual probablemente, durante las guerras de los pueblos del Mississippi, había sido hecho prisionero, y después de cambiar muchas veces de dueño en el transcurso del tiempo, fué al fin á parar á aquellas regiones occidentales tan alejadas de su patria.

Como diese este esclavo á los españoles informes sumamente curiosos acerca de los distintos países habitados por él durante su cautiverio, creyó prudente Alvarado apoderarse de su persona para que en un caso dado pudiese servirles de guía. Llévóle, por lo tanto, consigo á Tiguex, donde había llegado entretanto el general con su ejército.

El floridano dijo al gobernador que su patria nativa poseía un gran

locar la provincia de Tiguex más abajo de la embocadura del río Puerco, en el río Grande, opinando que sólo así concuerda la descripción del cronista Castañeda, que dice que la provincia de Tiguex comprende un valle de dos leguas de ancho, limitado al Oeste por montañas muy altas cubiertas de nieve. El general Simpson sustenta la errónea opinión de que al hablar de estos montes nevados sólo puede tratarse de las montañas del Socorro, siendo así que hay que observar que también las de Sandia en Albuquerque están cubiertas de nieve la mayor parte del año.

Aquí se encuentran, al lado de numerosas ruinas de antiquísimas construcciones de los indios de Pueblo, las aldeas indígenas de Isleta, Bernalillo y otras, mientras que en los alrededores de las montañas del Socorro faltan por completo ruinas de este género.

(1) Véanse: *Coronados March*, de Simpson, pág. 29, y *Visit to the Aboriginal Ruins in the Valley of Pecos*, de Bandelier, pág. 113.



río de dos leguas de ancho, en el cual se hallaban peces que no eran de menor tamaño que un caballo. Pero si al hablar de este río se trataba del Mississippi, en el que existen realmente peces de ese tamaño (por ejemplo el *cat*), no es menos cierto que la narración del esclavo era verídica al mencionar que los pueblos que habitaban las orillas poseían barcos tan grandes que podían acomodarse 20 remeros en cada uno de sus costados.

Más dudosos aparecen, por el contrario, los datos de que el soberano de Quivira, país situado en las cercanías del río, durmiese la siesta debajo de un árbol cuyas ramas estaban cuajadas de campanillitas de oro, que sonaban dulcemente mientras él dormía. También la versión de que los habitantes del país comían tan sólo en vajilla de oro y usaban todos los enseres de este metal ó de plata, y que además adornaban la quilla de sus piraguas con grandes águilas de oro, parece que fué invención del indio, que, no contento con esto, aseguraba haber recibido del soberano de Quivira, como regalo, algunos adornos de oro de los que había sido despojado por los habitantes de Cicuye.

Coronado, que tenía gran empeño en ver estos objetos antes de emprender una campaña de conquista contra aquel país, comisionó nuevamente á Alvarado para que fuese á Cicuye á reclamarlos. No haciendo caso de las afirmaciones de los indígenas de esta ciudad, que aseguraban que no habían hallado tales objetos sobre la persona del floridano, y que éste era sólo un desvergonzado embustero, mandó el capitán encadenar al cacique *Bigotes* y llevarle á Tiguex, donde le tuvieron preso un mes.

Este atropello sublevó á los indios, pero los españoles sofocaron pronto con mano fuerte el alboroto. Durante aquellos combates conquistaron los españoles la ciudad de Tiguex al cabo de cincuenta días de sitio, y además la de Chía, ocupando también la provincia de Quirex ó Querez.

Coronado, que seguía creyendo en las afirmaciones del floridano, decidió buscar aquella tierra de Quivira tan rica, para apropiarse los tesoros que encerraba. Después de pasar el invierno en Tiguex partió con parte de su ejército el 23 de abril del año de 1541, pasando por Cicuye en dirección al Este; cruzó un ancho río, al que dieron el nombre de Río de Cicuye (el actual Pecos River), penetrando después en dirección Nordeste en las ilimitadas praderas que comprenden todo el territorio que media entre las montañas Roqueñas y el Mississippi.

En estas estepas, cubiertas sólo de hierba, sin árbol alguno, tropezaron con indios nómadas llamados querechos, que habitaban en chozas de pieles, y que vivían exclusivamente de los productos de la caza, muy abundante en aquellas regiones.

Estas chozas componíanse de una armazón de largos palos dispuestos en círculo y atados unos con otros cerca de su remate superior; alrededor

de ellos sujetaban los indios cubiertas impenetrables de piel de búfalo curtida, que cerraban completamente el interior de la choza, dejando tan sólo arriba, donde se unían los palos, una pequeña abertura para dar salida al humo. Cuando cambiaban de residencia, quitaban las cubiertas, desataban los palos de la armazón, y cargaban con todo esto á sus numerosos perros, únicos animales domésticos que poseían los indios.

En el país de los querechos vieron los españoles por vez primera aquellos extraños animales cuya piel tanto había admirado á los soldados de Soto, es decir, el búfalo ó bison americano. En grandes manadas ó rebaños que se perdían de vista pastaban en las ilimitadas estepas. No deja de ser interesante la descripción que de estos animales hace el antiguo cronista español Gomara en los términos siguientes: «Estos búfalos tienen el tamaño y color de los toros padres españoles, á no ser que sus cuernos son mucho más cortos. En la parte delantera del lomo tienen una gran joroba, siendo también los delanteros de este animal la parte que tiene el pelo más largo; éste es muy lanudo, y en el espinazo semeja la crin de un caballo, siendo también parecido el que les cuelga en espesas madejas desde las rodillas hasta el suelo. La cabeza, el cuello y el pecho de este cuadrúpedo están asimismo tan poblados de largos pelos que parecen adornados de espesas y larguísimas barbas. Los machos tienen la cola bastante larga, terminada en una gruesa borla; así es que estos animales recuerdan por un lado al león y por otro al camello. Cuando está irritado, alcanza el búfalo á un caballo por veloz que sea su carrera, arrójalo al suelo y lo mata á cornadas. En una palabra, estos monstruosos animales tienen un aspecto tan terrible y repulsivo, que espanta á los caballos. Los indios de aquellas regiones acorren á todas las necesidades de la vida con estos animales, que les proporcionan alimento, vestido y calzado; comen la carne, y del cuero fabrican tiendas, cubiertas, zapatos, rodajas y correas; de los cuernos, huesos y pezuñas hacen toda clase de armas y enseres; de su pelo é intestinos el hilo para coser y las cuerdas de sus arcos, y su excremento seco les proporciona excelente combustible.» Los españoles tomaron parte diferentes veces en las cacerías de los tan intrépidos cuanto pacíficos querechos, viendo con asombro que éstos manejaban sus primitivos arcos y flechas con tal fuerza que atravesaban á los búfalos de parte á parte. Que no dejaba de ser peligrosa la caza de los búfalos lo comprendieron los españoles al ver que durante una de estas cacerías perdieron bastantes caballos. Esta pérdida fué originada en parte por haber introducido los pies, en el ardor de la persecución, en las madrigueras de los innumerables perros de las praderas, que han sido clasificados por los españoles como pertenecientes á la familia de los roedores.

Semanas enteras hacía que habían penetrado los españoles en la di-



rección indicada por el esclavo floridano, sin haber hallado aún el fabuloso país de Quivira. Coronado decidióse á mandar pequeños destacamentos de su gente en distintas direcciones en busca del citado territorio; el destacamento que iba á las órdenes de Rodrigo Maldonado halló un día, entre una banda de indios querechos, un anciano y ciego indígena que dió á entender por señas que hacía mucho tiempo había visto á cuatro españoles, que por lo que pudieron comprender Maldonado y su gente debían de ser Cabeza de Vaca y sus compañeros. Otra de las secciones llegó al territorio de los indios de Texas, que estaban en guerra con los querechos y que acostumbraban á pintarse todo el cuerpo. Por las versiones de estos indios supusieron que Quivira se hallaba aún á cuarenta días de camino en dirección Norte, y Coronado, que no quería exponer temerariamente á todo su ejército en aquellas dilatadas estepas, dió orden de volver á Tiguex, siguiendo él con una pequeña hueste de hombres escogidos en la indicada dirección.

Mientras el ejército principal, conducido por algunos indios de Texas, emprendió el regreso, prosiguió Coronado su viaje de descubrimiento, llegando al cabo de treinta días á un gran río, al que denominó Río de San Pedro y San Pablo, y que es posible fuese el actual Arkansas. Pasado éste siguieron su curso durante algún tiempo, tomando luego una dirección más Nordeste, en la cual caminaron dos semanas. En vez del soñado país del oro de Quivira, con sus inmensos tesoros, no encontraron por todas partes más que miserables chozas con techos de paja de maíz, y cuyos habitantes no poseían oro ni plata, sino á lo más algunos adornos de cobre sin valor alguno. A pesar de que el país mostrábase hermoso y fértil, tal era la ira de Coronado por la decepción experimentada que mandó dar de puñaladas al floridano, al que habían llevado consigo cargado de cadenas.

No se sabe á punto fijo hasta dónde llegó Coronado en su atrevida expedición; pero parece verosímil que llegase hasta el corazón del actual estado de Kansas, ó quizá hasta Nebraska. En sus cartas al emperador Carlos V asegura haber alcanzado los 40° de latitud Norte y que la distancia de este punto á contar desde México era de 950 leguas.

Un gran río, del que oyó hablar Coronado, y al que daban el nombre de Teucarea, era probablemente el Missouri (1).

Después de permanecer veinticinco días en aquellas apartadas regiones sobre las cuales quería Coronado obtener todas las más noticias que pudiera, emprendió á fines de julio el regreso á Tiguex, adonde llegó al cabo de cuarenta días de penosa marcha.

(1) Véanse: *History of New México*, de Prince, pág. 141; *Coronados March*, de Simpson, pág. 15; *Narrative and Critical History of América*, de Winsor, II, pág. 494.

Entretanto Arellano, al que había confiado el general el mando superior, emprendió una excursión desde Tiguex, subiendo el Río Grande hasta llegar á las provincias de Yemez ó Hemes y Yuque-Yunque, situadas al Norte, internándose hasta la fortificada ciudad Braba, la actual Taos.

Luego de haber invernado por segunda vez en Tiguex, hicieron, al principio del año de 1542, todos los preparativos necesarios para una gran expedición que tendría por objeto ver si encontraban al fin Quivira, cuando Coronado, á causa de un accidente sufrido, le puso término antes de empezar. En un torneo en el cual luchaba contra Pedro Maldonado cayóse del caballo, y fué herido tan gravemente de una cox que recibió en la cabeza, que estuvo luchando con la muerte semanas enteras.

*Antonio de Mendoza*

Rúbrica de Antonio de Mendoza

Un consejo de guerra celebrado resolvió, después de largas deliberaciones, abandonar los países conquistados, cuyas riquezas no correspondían, ni con mucho, á las esperanzas abrigadas, puesto que no había que esperar beneficio alguno de aquellos territorios. Acordaron además volver cuanto antes á México, cosa que efectuaron en el mes de abril del mismo año. Tras largas y penosas marchas llegaron al fin á dicha capital, terminando de este modo una de las más costosas y grandes expediciones que hayan pisado jamás el suelo americano, sin haber obtenido el menor provecho.

A fines del siglo XVI se llevaron á efecto nuevas campañas contra los países del Norte. Desde los años de 1568 á 1581 visitaron el actual Nuevo México Francisco Cano, Juan de Orozco, Francisco Sánchez Chamuscado y el fraile Agustín Ruiz. A éstos siguió en el año de 1582 Antonio de Espejo, que con un pequeño ejército llegó hasta el territorio de los indios de Yuma, que vivían en la parte baja del Gila, visitando también Cibola, Acuco y Tiguex, pero sin poder apoderarse de estos territorios. La primera colonia sólida fundada por los españoles consiguió establecerla al fin, en el año de 1597, Juan de Oñate, cerca de la embocadura del riachuelo de Chama en el Río Grande; pero en el año de 1605 fué trasladada á un pueblo indígena, convirtiéndose con el transcurso del tiempo en la Villa Real de Santa Fé, capital de Nuevo México. En los primeros siglos de su fundación fué este lugar teatro de espantosas guerras, cambiando rápidamente de dueños, pues tan pronto era gobernado por caciques indios, como por conquistadores españoles, invasores texanos y gobernadores americanos. Pero desde que Nuevo México fué anexionado



á los Estados Unidos, en el año de 1848, por el contrato de Guadalupe, reina paz en aquel país, centro de cultura y civilización.

De las posteriores expediciones de los españoles en América del Norte hay que mencionar las de Antonio de Mendoza al territorio de los Chichimekas (año de 1541); de Francisco y Diego de Ibarra á Copala (años de 1554 y 1563), y de Guido de Lavazares y Tristán de Arellano á Panuco y al Río del Espíritu Santo (años de 1558 y 59); pero de todas ellas son muy insignificantes los informes que han llegado hasta nosotros.



Figura grotesca de los indios de Pueblo

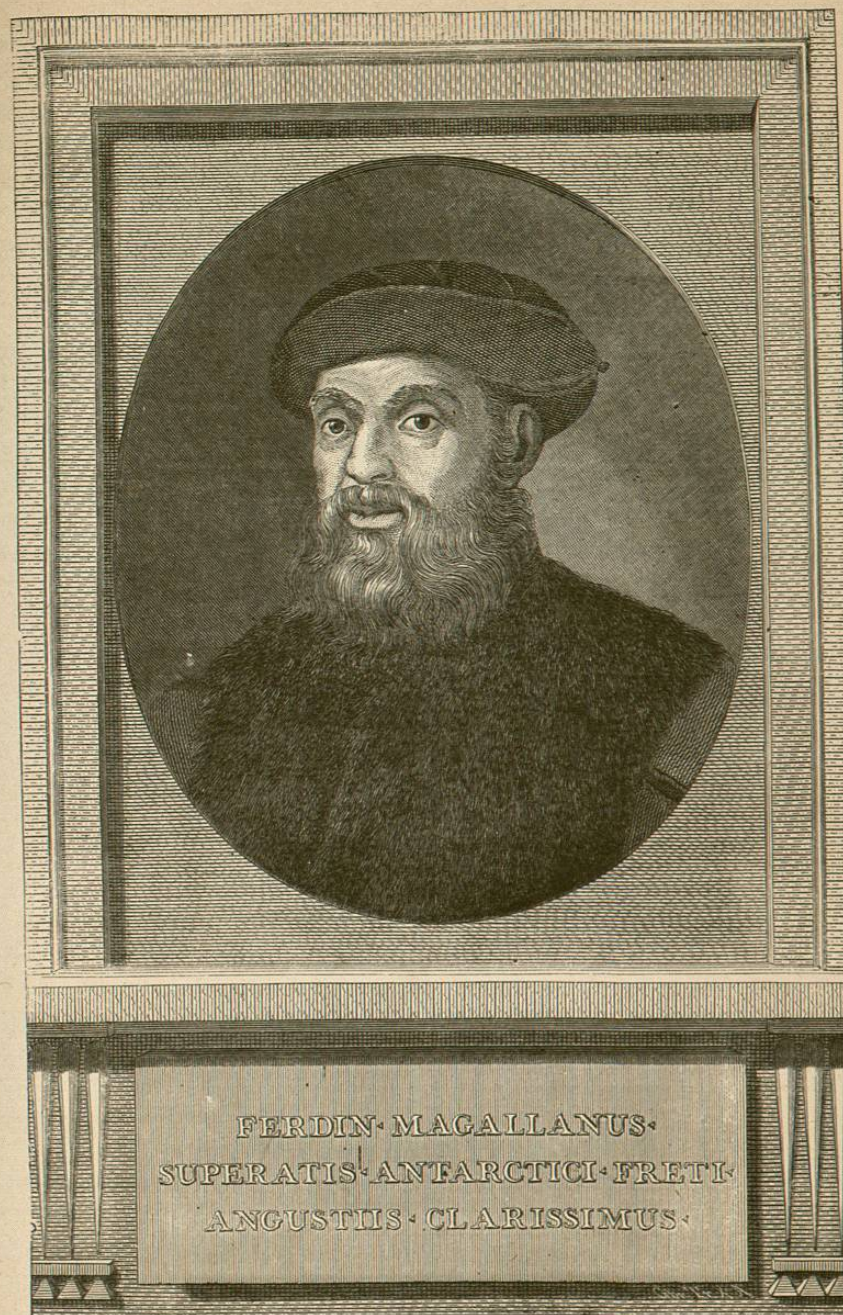
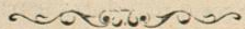
En cambio los apuntes de Juan Rodríguez Cabrillo, escritos durante una travesía emprendida el año de 1542, se han conservado en el original. Según este diario, abandonó Cabrillo con dos barcos, el 27 de junio de 1542, el puerto de La Natividad, situado en la costa occidental de Nueva España, navegando á lo largo de ella hasta tener ante la vista la península de California, cruzando á ésta para seguir después por su costa occidental.

Descubrió las magníficas bahías de San Miguel (hoy de San Pedro) y de Fumes (Santa Mónica), situadas al Sur y Oeste de la actual ciudad de Los Angeles, y además las islas Desierta (hoy Santa Catalina), San Salvador (Santa Cruz), San Lucas (Santa Rosa) y La Posesión (San Miguel), hallando en esta última la muerte el 3 de enero de 1543 á consecuencia de una caída desgraciada. Siguiendo las órdenes de Cabrillo, prosiguió Bartolomé Ferrel, su primer timonel, el viaje en dirección Norte, y asegura haber llegado hasta los 43° de latitud.

La costa, azotada casi continuamente por tempestades, caía por todas partes como una escarpada muralla hacia el mar, divisándose sobre ella á larga distancia en dirección oriental los nevados picos de una poderosa y alta sierra á la que dieron el nombre de Sierra Nevada.

Fuertes tormentas les impidieron acercarse á la costa, quedando sin descubrir por este motivo el magnífico puerto de San Francisco, con su célebre *Calle de oro*, universalmente conocida.

El 14 de abril del mismo año volvieron los barcos á Natividad, sin haber realizado el objeto principal de la expedición, que era hallar un paso de unión entre el Océano Atlántico y el gran Océano, parecido al descubierto mientras tanto por Magallanes en el extremo meridional de América del Sur.



Fernando de Magallanes. (Facsimile de un grabado en cobre de F. Selma)